

## ASPECTOS HUMANOS DE LA LUCHA POLITICA

(La lucha de un pueblo contra su estado dictatorial).

Por ERNESTO GUHL

Quiero empezar preguntando si el título de esta charla no encierra en sí una afirmación no cierta. O por lo menos dudosa. ¿Se puede en realidad hablar de la lucha de un pueblo contra su gobierno? ¿O se trata solo de un grupo de la clase dirigente que reaccionó para salvar los privilegios de ellos?

¿Por qué se realizó este atentado contra Hitler en vísperas del colapso final de la segunda guerra mundial y del régimen nazista y no antes?

¿Y por qué no provocó el atentado un levantamiento espontáneo del pueblo al correrse la noticia del mismo?

¿Por qué se realizó el plan del derrocamiento de las autoridades nazistas únicamente en París y en parte en Viena, pero no en Alemania misma?

¿Y por qué no hubo jamás durante el régimen nazi el más leve conato de revolución? ¿Por qué el pueblo era tan indiferente al nazismo como lo es hoy ante la democracia tradicionalista en la Alemania Occidental y la dictadura socialista en la Alemania Oriental? El pueblo alemán nunca ha actuado por sí solo, el pueblo como fuerza y poder político es un mito. Quien actúa y utiliza este pueblo como instrumento siempre ha sido una minoría, pero no siempre esta minoría ha sido la

élite de la comunidad alemana. Así que de ninguna manera el título de esta conferencia es un imperativo categórico en cuanto se refiere al pueblo alemán, como sí lo es con respecto al régimen del terror del nazismo.

¿Y por qué figuraban en el grupo de los subversivos predominantemente altos militares y aristócratas?, lo que después del atentado hizo exclamar a Hitler que “una pequeña camarilla de oficiales ambiciosos, desaprensivos y a la vez criminalmente tontos han tramado un complot para eliminarme y a la vez exterminar conmigo el Estado Mayor de las fuerzas armadas”.

Hoy sabemos que sí la élite del pueblo alemán siempre ha luchado contra la tiranía nazi. Pero sucede que élite y estratificación social en Alemania no es lo mismo. Ya en 1939 el socialista Leuchner, exponente de esta élite alemana, manifestó a un líder sindical inglés: “Estamos prisioneros en la Alemania nazi, que es un enorme campo de concentración. El revelarnos sería tan suicida como si se levantaran los presos contra sus guardianes armados hasta los dientes”.

Los participantes civiles de la resistencia contra Hitler eran inermes sin el respaldo militar, y esto todavía más en tiempos de guerra.

El atentado del 20 de julio no fue solamente un acto aislado. Su acontecer fue la consecuencia de una labor de resistencia verificada durante años, en parte de más de una decena de años, en la que hombres y grupos con voluntad y convencimiento ideológico lucharon por la salvación del pueblo alemán y se esforzaron por la concepción de un nuevo orden. Y este esfuerzo casi inútil de la oposición al nazismo, como dice Jacob Kaiser, puede servir hoy también en nuestro tiempo —23 años después de la guerra— como indicador de camino hacia la nueva Alemania que aún no se ha logrado.

El mismo Hitler confirma la existencia de la resistencia contra él cuando en su discurso por la radio en la noche del 20 de julio de 1944, dice: “Ya no sé por cuanta vez se ha vuelto a planear y llevar a cabo un atentado contra mí”.

Así que resulta superfluo el preguntar en qué momento empezó realmente la resistencia política activa contra Hitler. En muchas de sus formas externas de la oposición se trataba de una simple continuación de las luchas que habían antecedido a la toma del poder por los nazis. Los valores éticos y humanos de la comunidad alemana y también los políticos responsables se opusieron al nazismo desde cuando apareció, pero no así el pueblo, y mucho menos aquellos quienes querían utilizarlo en favor de intereses creados.

Eran portadores de esta Oposición crucial, sobre todo, los círculos de orientación izquierdista. Pero pronto se sumaron a ellos los grupos militares, eclesiásticos e intelectuales en general. Seguidamente, a partir

de 1937, cuando se hacía cada vez más patente la parte aventurera y criminal que tenía la política nazi, se fue imponiendo de manera progresiva, en personas con sentido de la responsabilidad, la idea de que la dominación nazi solamente podría terminar en una catástrofe para Alemania y para el mundo, y se planteó la pregunta de cómo se podría impedir este desarrollo funesto. Por otra parte, se coincidía en la indignación contra la eliminación de casi todas las formas del Orden estatal de derecho, en especial, de la libertad personal y política, contra el terror continuo del partido y de sus organizadores, los actos de violencia brutales y los crímenes cometidos contra la opinión ideológica o política de cualquier otra orientación. Poco a poco fue madurando la opinión de que la resistencia contra tal dominio, arbitrario e inhumano no solamente era un derecho natural, sino que además, desde cualquier punto de vista podía llegar a ser incluso un alto deber moral obligatorio. El movimiento de resistencia alemana contra el nazismo, representa el conjunto de acciones individuales y de grupo contra el sistema dominante, en el que participaron no ya miles, sino decenios de miles de hombres; porque el nazismo nunca era mayoría entre la élite alemana. La resistencia contra Hitler era, pues, de vieja data, desde antes de la llegada al poder de él. Los alemanes estaban acostumbrados a ver en la autoridad el guardián de un orden y de establecidas formas de vida política y social sobre las bases de derecho y justicia que se había dado esta sociedad, y por esto la obedecían. Pero pronto se dieron cuenta de que el nuevo régimen creaba un Estado de injusticia con normas de una criminal brutalidad contra el ciudadano que no obedecía, por razones de la conciencia que no adoraba la nueva ideología. Pero no surgió, porque la brutal dictadura lo impidió, un frente unido de oposición, y además el régimen no tenía ideología, a la cual oponerse, sus bases eran la estupidez, la audacia, la brutalidad y el crimen.

Individualmente o en grupos pequeños trataron algunos miembros de la élite alemana de esquivar la intervención de la fuerza bruta del nuevo Estado, para poder llevar una vida digna ante la propia conciencia. La única resistencia organizada formó el grupo del 20 de julio, dispuesto a matar a Hitler. Consideraban ellos que solo con la muerte del tirano perdía validez el juramento que habían hecho los soldados en la persona de Hitler. Para ellos mismos este juramento carecía de valor ante la conciencia propia y la responsabilidad frente al pueblo alemán y su futuro, pero para el alemán común, el hombre de calle, el buen ciudadano que desgraciadamente son el 90% del pueblo, el juramento en la persona de Hitler, diabólicamente inventado por él, era un serio obstáculo de conciencia para actuar contra el régimen.

No así los miembros de este grupo del 20 de julio que vinieron

de todos los estratos del pueblo alemán —aunque los que actuaron durante el atentado tenían que ser por obvias razones los militares de alta graduación—.

El acto muy valeroso del Coronel Stauffenberg, quien encendió la bomba contra Hitler el 20 de julio de 1944, falló. No produjo, pues, el cambio del régimen en Alemania, deseado por millones y millones de alemanes, en el año de 1944, porque vivían ya incómodos, y deseado ante todo por la élite, una pequeña minoría, porque deseaban un cambio estructural, un nuevo orden y deseado por la inmensa mayoría de la oposición que quería volver al viejo orden de antaño. Fueron los últimos que luego ganaron la guerra en cuanto a la política interna del país.

Pero de todos estos grupos la bomba mató —si se puede decir así— a los valientes. Unas 7.000 personas fueron tomadas presas y 4.980 de ellas murieron en la horca o quitándose ellos mismos la vida a tiempo. Estas víctimas del 20 de julio, formaron un eslabón más en la larga cadena de millones de seres humanos, alemanes y de otros pueblos que habían asesinado Hitler y sus secuaces por razones políticas y raciales. El mundo conoce el destino terrible que les preparó Hitler a los judíos europeos, sencillamente no descriptible, pero no olvidamos tampoco que al mismo tiempo fueron asesinados decenas y quizá centenares de miles de hombres y mujeres alemanas y otros no judíos en los campos de concentración. Todos ellos murieron por la libertad y dignidad de los hombres, todavía antes del comienzo de la segunda guerra mundial.

De estas brutalidades del régimen nazi contra el sér humano, nació la resistencia que culminó en el 20 de julio. El atentado fracasó. Una revolución en un Estado policíaco del siglo XX no es comparable con una sublevación en un otro Estado y otra época; y además, no prendió entre las masas porque carecía de una ideología popular. No era, pues, una revolución sino un intento de un golpe de Estado de la élite.

¿Pero sí es verdad, de que ellos han traicionado su juramento y a su país? Fueron ellos no más que un grupo de ambiciosos, representantes de una casta que veía en peligro sus privilegios, o como lo explica el comentario oficial ruso al respecto, diciendo que el atentado del 20 de julio no era otra cosa sino el intento de las clases dirigentes alemanas de librarse de la guardia pretoriana para evitar el peligro de una revolución después de la guerra. Ellos, los grupos dirigentes, habían llamado primeramente a los nazis y luego fueron sus prisioneros. Ahora, los generales, por orden de la industria pesada y del capitalismo tenían que derrocar a Hitler para abrir el camino hacia una democracia capitalista. Si mucho de esta afirmación rusa es desgraciadamente cierta, tampoco es menos cierto que en los grupos de resistencia no existía este pensamiento.

Cierto es que el atentado fracasó y la revolución no llegó. Alemania tuvo que seguir su camino hasta la rendición incondicional, y este fin era necesario para que Alemania se librara para siempre de la tiranía, como también era necesario el 20 de julio para que —entre muchos otros aspectos más importantes— el mundo se diera cuenta del movimiento de resistencia de la élite y de que el pueblo alemán no era idéntico a priori con el régimen nazi. Lo que no es aceptable es el rechazo del atentado del 20 de julio por haber sido realizado por altos militares y aristócratas. No nos identificamos con un complejo político de masas, porque solo reconocemos una jerarquía natural no sujeta a títulos o uniformes, ni la del proletariado, ni la de las clases altas, pues un sentimiento ético y de libertad no es el privilegio de una clase sino inherente al ser humano como tal.

Pero luego —fracasado el atentado— no vino la deseada revolución, y Alemania perdió una de sus mejores oportunidades históricas.

Pero lo que sí vino y se incorporó a la nueva Alemania —por lo menos en parte— fue aquel espíritu de libertad de los hombres del 20 de julio, del cual quiero hablarles esta noche, y que se refleja claramente en las palabras del general Foertsch, quien en nombre del nuevo Ejército Federal se dirigió en conmemoración de esta efeméride a la tropa, terminando un orden del día, diciendo: “Solo el Estado es el que impera el derecho y la justicia puede exigir obediencia a sus ciudadanos”.

Y en la nueva Alemania el soldado es un ciudadano; no es carne de cañón; es un ser humano y considerado como tal responsable ante sí y sus conciudadanos.

Este espíritu no lo tenía la antigua Wehrmacht en los críticos días antes de la segunda guerra, y si lo hubiera tenido hubiera podido evitar la catástrofe. El entonces jefe del Estado Mayor Alemán, Ludwig Beck, exigía a sus colegas militares una actitud más firme y decisiva contra la política de Hitler. Durante una reunión del Alto Mando Alemán, el 16 de julio de 1938, Beck terminó su exposición con las siguientes palabras:

“Están en juego las últimas decisiones sobre el futuro de la nación. La historia va a acusar de genocidas a los dirigentes de hoy, si no obran ellos ahora consciente y responsablemente según su saber profesional y político-científico. La obediencia del soldado tiene allá un límite donde su saber, conciencia y responsabilidad se lo indica, y que le impide cumplir una orden, sea de quien fuera. Si sus advertencias y consejos no son tomados en cuenta, entonces ellos, los soldados, tienen el derecho y la obligación ante el pueblo y ante la historia de separarse de sus cargos. Si todos ellos actuaran unidos en este sentido, impedirían una política hostil agresiva (guerra). Con este gesto evitarían lo peor a su patria.

Un soldado de alta graduación queda inferior a las exigencias de un momento especial y a su rango si solo se dedica a sus quehaceres en el estrecho marco de sus tareas militares sin darse cuenta de su gran responsabilidad ante todo el pueblo, que lo obliga a tomar decisiones. Momentos extraordinarios exigen medidas extraordinarias”.

Estas medidas extraordinarias no se tomaron. El Mayor General Beck se retiró como jefe del Estado Mayor. El y un número considerable de militares entraron en la resistencia contra Hitler que culminó en el 20 de julio de 1944 con la muerte de casi todos ellos. Es cierto, las Fuerzas Armadas no actuaron como quería Beck, y así se pudo producir la situación que vive Alemania hoy. No olvidemos que la triste situación de Berlín es obra de Hitler. La división de Alemania es obra de Hitler. La pérdida de los territorios alemanes del Este es obra de Hitler. El avance de Rusia hasta el corazón de Europa es obra de Hitler.

Pero parece que estos hechos se quieren olvidar hoy. Para que esto no suceda, queremos recordar con respeto, reconocimiento y agradecimiento a aquellos que ofrendaron su vida y su honor para la salvación interior y exterior de su país. A la vez queremos que los hombres y las mujeres de la Resistencia interior alemana contra el Estado ilegal de Hitler, sean para nosotros un ejemplo y una advertencia para estar unidos hoy también, por encima de todos los antagonismos de política de partidos en las cuestiones fundamentales de libertad, justicia y ética humana. Y jamás olvidemos la actuación horrible de Freisler (Presidente del llamado Tribunal del Pueblo), que aparecía como un verdugo dentro de su toga de juez, y de sus cómplices que pisoteaban el Derecho en el Estado, para que nos fortalezcan en nuestro deseo más profundo de oponernos con todo nuestro ser a cualquier enemigo de la libertad de nuestro pueblo como de cualquier otro pueblo de la tierra.

¿Cuál fue el pensamiento de la élite del pueblo alemán, de aquellos que no eran generales y aristócratas? Lo sorprendente es que ellos sentían y pensaban igual bajo la dictadura como aquellos que produjeron el 20 de julio. Anhelaban vivir en libertad, para vivir su propia vida. Libres en su propia tierra, dentro de un mundo libre.

“¡Hombres y mujeres alemanes! Somos como vosotros; soldados, obreros, campesinos y empleados, pero que hoy nos encontramos en un campo de prisioneros de guerra”. Así reza un manifiesto de éstos a sus compatriotas, y que sigue luego:

“Hemos meditado mucho sobre la guerra y el destino de Alemania. Estamos convencidos de que nuestras palabras reflejan los pensamientos de millones de vosotros. Amamos como vosotros a nuestra Patria, a nuestro pueblo. Como vosotros no deseamos la esclavitud y el hundi-

miento de nuestro país. Odiamos a Hitler precisamente porque amamos a nuestro pueblo, porque queremos ver libre a nuestra Patria y anhelamos ardientemente la felicidad de nuestro pueblo.

Odiamos a Hitler porque poseído de la insensata idea de dominio mundial, obliga al pueblo alemán a luchar hasta su completa extenuación contra todo el mundo. Nadie trajo a nuestro país tantas penalidades y sufrimientos como las ha traído Hitler. Con el fin de provocar la guerra ordenó exterminar a centenares de miles de alemanes honrados y fieles a su pueblo, cuyo único delito consistió en pronunciarse en contra de los criminales planes bélicos. Pero antes de comenzar la guerra para esclavizar y saquear a otros pueblos, Hitler esclavizó y saqueó a su propio país. Este aspiraba a un trabajo pacífico, pero Hitler quería la guerra. Para convertir al pueblo en arma dócil a sus planes de conquista y ahogar el menor anhelo de libertad, Hitler privó a 70 millones de alemanes de los derechos políticos más elementales. De la sangre y del sudor del pueblo alemán, Hitler extrajo los 90 mil millones de marcos para preparar la guerra.

El pueblo alemán paga hoy con torrentes de sangre y millones de vidas de sus hijos estos planes de Hitler. El ha privado al pueblo alemán de su juventud, reduciendo a cenizas en su espíritu y en su conciencia todo aquello que antaño constituía el orgullo del pueblo alemán. La vileza de Hitler, los crímenes de la Gestapo, las ferocidades de los asesinos nazis y el manejo de las tropas de asalto en los países conquistados deshonraron a Alemania.

La inmensa mayoría de nuestro pueblo no tiene nada que ver con la pseudo-doctrina sobre la superioridad de la raza. El pueblo alemán no necesita esclavizar a otros pueblos, sino librarse él de la esclavitud nazi. El pueblo alemán tampoco tiene nada que ver con los planes hitlerianos de conquista del consabido 'espacio vital', porque el pueblo alemán sabe que su bienestar no depende del número de kilómetros cuadrados, sino que va a estar determinado ante todo por el nivel de desarrollo económico, su organización política, del régimen social y de la colaboración pacífica con los demás pueblos. Pero la guerra desencadenada por el nazismo impide el progreso y el bienestar del pueblo alemán; pero el pueblo no quiere hacerse dueño de países extraños; él debe limpiar su propia casa de la peste nazi que lo condenó al hambre, a las privaciones y a una guerra interminable.

Por esto cada alemán que ame a su país y quiera verle libre y feliz debe contribuir con todas sus fuerzas a la derrota de Hitler".

Estas son las palabras del pueblo, de la masa, encontradas en documentos que expresaron su sentir tan idéntico con el sentir y las aspiraciones del grupo del 20 de julio. Uno de ellos, Mayor General Shieff,

quien, después de haber visto los inhumanos estragos causados por las tropas de asalto del partido nazi en Polonia, dijo que se avergonzaba de ser un alemán. Pero este comportamiento no fue respaldado por el Alto Mando —desgraciadamente—. Pero por fortuna había muchos otros que, desde un punto de vista ético, no deseaban siquiera una victoria alemana bajo el régimen nazista y trabajaban incesantemente en contra de Hitler.

Es ésta quizá una de las características de la oposición alemana a Hitler, de que ella representaba un esfuerzo —quizá una posibilidad de algo nuevo— para vencer las barreras entre las diferentes corrientes sociales e intelectuales que les separaban hasta entonces, y que por ende produjeron el nazismo.

Porque en la oposición contra Hitler encontramos militares, religiosos de ambas confesiones, liberales, conservadores, socialistas y comunistas, con un valor humano y una fe en el destino del hombre que merecían respeto. Tan heterogéneo como era el grupo, tan identificado estaba en su objetivo de derrocar el régimen nazi, como de no volver a lo que había antes, y seguramente tampoco hubieran aceptado los actuales regímenes de Bonn y de Pankow.

Ellos buscaban y luchaban por encontrar un nuevo camino hacia una nueva teoría del Estado, una teoría que corresponde a un nuevo orden de Sociedad y Estado, que fuera política y socialmente justo y que reuniera además la eficacia económica de la libertad humana. Para ellos la idea del Estado nacionalista, hasta entonces válida, había hecho crisis la causa que reside en una crisis espiritual. Así se comprende, que es la sustancia ética y moral, no la política que los obliga a actuar, y que los une en esta lucha donde casi todos piensan diferente. Sin embargo, nadie fue rechazado por principios conceptuales de otras formas de pensar, y que para ellos desde un principio y por principio existía la posibilidad de que toda forma de pensamiento podía proyectar una imagen, una concepción del mundo y del hombre, basado en el derecho de la existencia del mismo como un sér libre que puede y debe vivir de acuerdo con su conciencia.

No nos sorprende que tampoco la élite de la juventud alemana pudo estar indiferente ante la suerte y destino del país. Ella se opuso a la dictadura absoluta de la casta nazista. Ejemplo entre muchos es la heroica balada de la vida y muerte de los hermanos Hans y Sofía Scholl. Movidos por exigencias de la conciencia, y para dar un ejemplo a los hombres, escribían y repartían, junto con otros amigos, sus "Hojas Volantes de la Rosa Blanca" durante los años de la guerra, aunque su inconformidad con el régimen es de data mucho más antigua. Demasiado impresionados por la catástrofe de Estalingrado, arrojan en febrero

de 1943 un montón de aquellas hojas volantes en el patio de la Universidad de Múnich. Los descubrieron, fueron detenidos, condenados a muerte y ejecutados en la guillotina; una muchacha de 22 años, estudiante de biología y filosofía, y su hermano de 25 años de edad.

¿Y por qué fueron condenados a muerte? Porque ellos hicieron uso del privilegio y derecho más humano de todos los que tiene el hombre, de pensar y obrar de acuerdo con su conciencia.

¿Y qué pensaron ellos? Aquí una muestra de una hoja de la "Rosa Blanca": "... ¿Quién ha contado los muertos? ¿Hitler o Goebbels? Ciertamente ninguno de los dos. Todos los días mueren miles y miles en Rusia. Es la época de la cosecha, y la guadaña riega incesantemente la madura mies. El luto llega a las cabañas de la patria y no hay nadie al lado de la madre que llora para secarle las lágrimas. Pero Hitler las engaña a ellas, cuyos seres más queridos les robó y los condujo a una muerte sin sentido".

"La lucha contra el Estado terrorista de los nazis hay que realizarla con medios racionales, pero el que hoy duda todavía de la existencia real de ese poder infame está muy lejos de comprender el fondo metafísico de esta guerra: Detrás de lo concreto, detrás de lo perceptible, detrás de todas las reflexiones lógicas, está lo irracional, esto es, la lucha contra el demonio, contra los mensajeros del anticristo. En todos los tiempos y en todas las partes, los demonios, en la oscuridad, han acechado el momento en que el hombre se hace débil, en que abandona la posición que Dios le ha dado, en que cede ante la opresión del Mal o se libra de la autoridad de un orden supremo. Y así después de que el hombre ha dado el primer paso, es impulsado hacia el segundo, hacia el tercero, cada vez con mayor rapidez. Si en todo tiempo y en todas partes se han rebelado profetas, santos, que habían conservado su libertad, y que invocando al único Dios, advertían a un pueblo lo necesario que era emprender el buen camino. Ciertamente que el hombre es libre, pero si no cuenta con el Dios verdadero, está indefenso frente al Mal; es como un barco sin timón, vencido por la tormenta, como un recién nacido sin madre, como una nube que se disipa. ¿Dime tú, si tú que eres cristiano, si puedes dudar siquiera un momento cuando se trata de defender tu máspreciado bien? ¿Debemos juzgar con intrigas, aplazando nuestra decisión en la esperanza de que otros levanten las armas que defendemos?

Tenemos que atacar al Mal allí donde es más poderoso, y el mal más poderoso está en el gobierno de Hitler...".

¡Estas son las palabras por las cuales tuvieron que morir los hermanos Scholl —para que otros puedan vivir— los estudiantes de hoy!

¿Y quién se atreve a acusar a estos jóvenes de traidores? Escuchemos lo que dijo Theodor Heuss sobre este caso de los hermanos Scholl: "No se puede hablar de 'conspiración' allí donde la fuerza de una conciencia martirizada, donde el sentimiento de vergüenza frente a la fechoría y a la mentira induce a jóvenes con espíritu puro a despertar en otros jóvenes la responsabilidad ante Dios, por amor al buen nombre alemán".

Y fueron miles y miles los que murieron como los hermanos Scholl pagando así la rebelión de su conciencia.

Los hombres del 20 de julio todavía en sus últimos instantes tuvieron que satisfacer un deseo sádico de Hitler. Su ejecución fue filmada para que Hitler la pudiera gozar sobre la pantalla. Escuchemos el relato de un guardián de la cárcel: "... Los reos fueron introducidos; llevaban solamente sus uniformes de presidiarios y tenían las manos sujetas por esposas. Se les puso en fila. El verdugo trajinaba entre sonrisas y chistes. El era conocido entre sus amistades por su 'humor'. No hubo ni declaraciones, ni sacerdotes, ni periodistas.

A los diez, uno tras otro, les fue llegando su hora. Todos mostraban el mismo valor, esto no duró más de veinticinco minutos. El verdugo sonreía constantemente y hacía sin interrupción sus chistes. La cámara de cine trabajó sin cesar, pues Hitler quería ver y oír cómo morían sus enemigos. El mismo día, por la noche, en la Cancillería del Reich, pudo observarlo sobre la pantalla.

Todo esto había sido idea suya. Con anterioridad había hecho llamar al verdugo y le había dictado personalmente los detalles del procedimiento. Sus palabras fueron: 'Quiero que se les cuelgue, que se les cuelgue como el ganado en el matadero'".

Lo que en cartas de despedida y en escritos desde las oscuras cárceles o desde los campos de concentración, ha llegado a nosotros, son documentos profundamente conmovedores. Así, por ejemplo, los "Sonetos moabitas" de Albrecht Haushofer no necesitan de notas en una historia de literatura. "Son ellos, como dijo Theodor Heuss, por sí mismos una declaración de la conducta humana que posee validez para con el prójimo, con un prójimo que en la celda de al lado, mantiene una conversación con la muerte y con aquellos a quienes dedicó y dedica su amor y cuyo cuidado y cariño vienen hasta él o le están rodeando siempre. Yo creo que el apasionamiento del proceso histórico en que ellos mismos se habían introducido, los colocó por encima del destino individual, con todas las mortificaciones e infamias por las que hubieron de pasar días, semanas o meses antes de morir". Oigamos la traducción de uno de estos poemas de Albrecht Haushofer:

## LA RUEDA DE LOS PRESOS

Yo vi una vez un cuadro: fue en Moscú.  
El maestro, Van Gogh. Oscura casa  
de sillares. Un patio. Grises presos  
que en prietas ruedas desolados marchan.

Hoy contemplo yo mismo tras las rejas  
un patio donde llevan en manada  
hombres, igual que reses, que se cuidan  
antes de darles a gustar el hacha.

Dueño de todas estas grises vías,  
hay uno afuera, que de gozo estalla  
cuando otros sufren. Uno que aún vocea,

cuando otros, silenciosos, ya presagian  
la mudanza brotada de las tumbas,  
antes que roja en rojos ríos vaya.

La nota del traductor se identifica con las palabras de Heuss cuando dice: "Como, más que los valores líricos, destaca en el presente poema, la trágica meditación y presentimiento de verdades crudas y sin menesteres de especial atavío, el traductor se ha inclinado a esta versión exteriormente pobre y convencional. El original pierde mucho de su sonoridad y fuerza; también alguna imagen no decisiva. Lo demás se ha podido conservar casi por entero".

Damos las gracias al poeta por haber vertido al castellano el sentir más íntimo de un alma que quiso ser libre y pensar y obrar dignamente humano y que por esto tuvo que morir.

Pero también grupos de los socialistas y comunistas estaban vinculados a la común resistencia contra Hitler, aunque hoy en día se ignora la actitud de estos grupos, entre los cuales había hombres y mujeres maravillosas que también murieron en la lucha contra el régimen. Conocemos, pues, el pensamiento de algunos que formaron parte del llamado grupo la "Capilla Roja", nombre dado por la Gestapo a un grupo de la extrema izquierda de la resistencia, cuyos dirigentes más conocidos eran Schulze Boysen y el matrimonio Harnack.

Ya en la celda de muerte Harnack tenía consigo la "Defensa de Sócrates", de Platón. En las últimas noches antes de su ejecución estaba leyendo los poemas de navidad, de Poelchau, y en la carta de despedida que escribió a sus padres —su señora fue ejecutada por orden de Hitler— se leen las siguientes palabras: "Esta compenetración con la naturaleza, el amor de los míos, y al fin de que la humanidad se encuentre en un camino ascendiente son, dice al final, las tres raíces de su fuerza".

Walter Husemann, hijo de un líder sindical del Berlín obrero, escribe a su padre antes de morir en la horca. "Yo muero siendo lo mismo que he sido en toda mi vida, como luchador de clase", y luego pide al padre y a los camaradas de que sean duros y que no cedan en la lucha contra el tirano.

El poeta comunista Adam Kueckhoff, igualmente condenado a la horca, fue un sér humano maravilloso. La carta que escribió desde la cárcel poco antes de ser ahorcado, a su pequeño hijo, es de lo más humano y conmovedor, palabras de un hombre bueno. Dice la carta: "Mi querido pequeño gran hijo, sí, tú eres mi grande hombre, y ya entiendes con tu gran y buen corazón muchas, muchas cosas. Esto lo sentí cuando me hiciste aquí tu última visita. Y por lo mismo: tú sabes, y lo debes saber, de que tu padre está triste porque no puede estar contigo el día de tu cumpleaños. Cómo me gustaría salir contigo a la calle cuando oscurezca, o mejor todavía sobre la azotea de la casa, para contemplar las estrellas, que tánto querías desde que eras pequeño". El que escribió estas palabras de un hondo sentir humano, es sin embargo, según el pensamiento oficial, —que hoy desgraciadamente existe otra vez— un hombre malo, porque era comunista y no debe figurar en la lista de los que lucharon y murieron por la libertad.

Y ahora conocemos los últimos pensamientos de un jesuíta, el Padre Delp, quien perteneció al círculo de los Kreisauer; aquellos que planearon un mundo nuevo para después de la catástrofe. Uno sólo de de ellos sobrevivió y pertenece en la actualidad al Parlamento de Bonn, donde se quejó amargamente de que poco, muy poco, se realizó del pensamiento de los Kreisauer en nuestro mundo actual.

#### DICE LA CARTA DEL PADRE DELP:

"El ambiente aquí es tan adverso a nosotros, que una solicitud de clemencia no tendría perspectiva ninguna. Así que sería solamente necesidad el de seguir esperando todavía una modificación de la pena. ¿Tal vez es una gracia que se me concede teniendo esperanza y fe en un cambio? De todos modos me inclino ante Dios y lo pregunto: ¿En cualquiera de los casos he de lograr la libertad interna y entregarme al Creador? Es el tiempo de la siembra, no de la cosecha. Dios está sembrando, y alguna vez también va a cosechar. Y este es mi deseo: caer en la tierra como una semilla fuerte y fructífera de la mano de Dios y defenderme ahora del dolor y la tristeza que me invaden de vez en cuando. Y si Dios quiere este camino —y todo indica que sea así— entonces tengo que seguirle voluntariamente y sin amargura. Alguna vez otros deben vivir mejor y más felices que nosotros, porque nosotros hemos muerto por ellos".

“Les digo un último adiós. Mi crimen ha sido el de creer en Alemania más allá de unas horas de calamidad y noche, de no aceptar esta triple unión de una arrogante y atrevida fuerza bruta. Y esto lo he hecho como cristiano y jesuíta, dos valores en los cuales creo y por los cuales me encuentro aquí al borde del abismo, esperando a aquel que me dará el empujón. Creo en una Alemania por encima de la de hoy, como una realidad que se forma siempre de nuevo. Creo en el Cristianismo, en la Iglesia como íntimo y último deseo, como bálsamo que sana a este país y este pueblo. Creo en la Compañía como cuna de hombres con carácter, a quienes se odia porque no se les entiende en su libre sumisión o porque se les teme como acusación e interrogación sobre su propio, patético y atrevido régimen de falta de libertad”.

Esta fue la última carta del Padre Delp antes de ser ahorcado. Así como él y los autores de las otras cartas aquí reproducidas, eran los demás enemigos de Hitler, los que éste quería “ver colgando en la horca como el ganado en el matadero”.

Como hemos visto, entre estos hombres y mujeres había terratenientes y pequeños empleados, aristócratas, hombres creyentes y libres pensadores, intelectuales y obreros, la élite de un pueblo. De todos los grupos y corrientes llegaban a la resistencia, menos uno, el burgués-acomodista, que está en boga hoy como entonces, y que no comprende que la resistencia contra el nazismo fue un ejemplo de aquel espíritu verdaderamente humano, bajo el cual se iba a renovar el Estado alemán y de las fuerzas éticas y morales de sus mejores ciudadanos. Este espíritu que quería crear por fin un mundo en el cual no fuera posible una repetición de una dictadura. Fue éste el espíritu de la libertad.

¿Pero qué es la libertad? Los dictadores la llaman un pretexto para la oposición. Nosotros denominamos con esta palabra —dice Guardini— un derecho vital, que es la base misma de la existencia del hombre corriente.

Yo tengo la impresión —sigue diciendo el mismo Guardini—, durante su discurso conmemorativo del 20 de julio hace dos años (1960), de que el hombre de nuestro mundo occidental actual, no aprecia ni comprende, ni practica la libertad en un verdadero sentido.

¿Entonces qué es libertad? Yo soy libre cuando puedo hacer lo que debo hacer de acuerdo con mi conciencia y dignidad humana, sin interferir o disminuir estos iguales derechos a los demás seres humanos.

Esta definición de Romano Guardini, naturalmente no puede ser aceptada por un régimen donde se prohibió por decreto —como lo hizo Himmler para las tropas de asalto— de tener una conciencia, apelar a ella y tener un sentido humanitario de responsabilidad.

Pero la libertad no existe porque sí. Ella es la vida misma. No hay una libertad pasiva, pero tampoco ella es abusiva. La libertad hay que desearla, hay que vivirla, hay que defenderla —no en un sentido personal y egoísta— no, porque ella es la expresión del espíritu, base del pensamiento y de la verdad. Es la vida humana en un sentido ético.

Entendiendo así la libertad —y así la comprendieron los hombres y mujeres de la resistencia— nos surgen dudas en cuanto al hombre actual y su concepto sobre la libertad. El recibió la libertad como fruto de aquellas luchas que terminaron con la segunda guerra mundial. ¿Pero en verdad, este hombre de nuestro mundo actual quiere ser libre, en el sentido de la palabra? Las dudas son más que justificadas si vemos que la libertad se confunde con la diversión vulgar de hacer negocios sin escrúpulos y ética, y volverse hombre importante a costa de los demás en un medio mediocre de un estancamiento cultural que vivimos y donde todavía existen las fuerzas latentes, por el momento todavía sin nombre, que antaño se llamaban nazismo.

¿Pero entonces qué es un hombre libre?

Ante todo, este sér reclama y debe tener derecho a su concepción del mundo. Es decir, tener la posibilidad de pensar como él quiere sobre la razón de su propia existencia.

Vida y muerte, trabajo y propiedad, familia y Estado son los valores de la existencia humana. Conceptuar sobre ellos y viviéndolos de acuerdo con su conciencia, dentro de los límites que asegura el mismo derecho para los demás, es el derecho natural del hombre, es la libertad.

Pero no se trata de una determinada concepción del mundo en primer lugar —no, eso no sería libertad— sino del hecho y del derecho en sí de tener una, lo cual exige una convicción como condición previa, resultado de la conciencia humana, basada en la verdad como base de la libertad o dignidad humana.

Es muy posible que una verdad se vuelva luego dudosa durante el posterior desarrollo intelectual del hombre. Otro quizá no puede reconocer para él lo que fue la verdad para sus padres por ejemplo; y un tercero tal vez no tenga ninguna idea sobre la razón de su ser.

Pero si se quiere hablar seriamente de la libertad, por lo menos se debe intentar saber qué es ella. Se debe preguntar por la razón y el valor de la vida humana. El hombre debe esforzarse para definir estas preguntas, que está por encima del trajín diario, y sin una adecuada respuesta, nuestro juego a la democracia se vuelve peligroso.

Solamente el pensamiento consciente al respecto, convierte la libertad en un valor, en algo más de un nuevo capricho. Sin esta convicción de conciencia no hay libertad sino predomina la opinión callejera de

la masa hasta tal grado de que le queda fácil a un poder político, o doctrina de un partido, impartir disposiciones estatales que ordenan el modo de pensar. Tú tienes que pensar así, y no de otra manera, pero si piensas diferente eres malo y peligroso. Desde este momento el hombre es vasallo no obstante que lleva una vida materialmente cómoda, y que quizá sus rendimientos en ciencia y técnica sean grandes. Sin embargo, él ha perdido lo esencial de su vida: La libertad. Allá donde esta conciencia de libertad no existe, es atacada la raíz misma de la vida, y representa una situación que invita a actuar en contra de ella —invita al totalitarismo y dictadura—.

Y tampoco olvidemos de que ningún acontecimiento es solamente unilateral, y de que el destino colectivo depende en gran parte de la conducta de cada uno de los ciudadanos. El individuo es responsable de las formas políticas del Estado. El no puede ni debe rehusar esta responsabilidad sino tiene que ejercerla, y lo que hace consciente o inconscientemente y que luego se refleja en las formas políticas de la vida de una nación.

Puede que ahora alguien alegue que estas palabras son demasiado académicas y teóricas y no tienen que ver con los acontecimientos del 20 de julio, ni con los problemas actuales. ¡Opinar así es un error! Solo el pensamiento nos explica los fenómenos también de aquellos que fueron el móvil de la lucha de la cual estamos hablando.

No importa en qué forma se presenta el problema de la libertad: sea la libertad del pensamiento y sus realizaciones sociales, la libertad profesional y de trabajo, la de la familia y el hogar, la libertad de la vida privada u otras formas, sólo tiene una razón de ser, es decir, sobre esta base de que hemos hablado.

La voluntad o el deseo hacia la libertad para conquistarla, conservarla y defenderla, tienen diferentes raíces: deseo de independencia, valor personal, posición social, tradición histórica y otros motivos. Pero estos motivos no son decisivos, por lo menos no a la larga. De ellos solo se produce un efecto psicológico y siempre relativo. La verdadera libertad descansa sobre algo absoluto, que es la vida misma y su razón de ser, y es tanto derecho como obligación.

Así entendieron la libertad los hombres de la resistencia. Por ella lucharon y murieron. Como dice Theodor Heuss: Su legado está todavía en vigor, pero el deber no está aún cumplido.

Bundeszentrale fuer politische Bildung, Bonn, "20 juli 1944".

Hans Rothfels "Die Deutsche Opposition gegen Hitler", Fischer Bücherei, Hamburg, 1961.

Fabian v. Schlabrendorff "Offiziere gegen Hitler", Fischer Bücherei, Hamburg, 1966.

Romano Guardini "Freiheit - eine Gedenkrede" im Werkbund-Verlag Würzburg, 1960.

Heinrich Fraenkel/Roger Manvell "Der 20 juli", Ullstein, Berlin, 1964.

Inge Scholl "Die Weisse Rose", Fischer Bücherei, Frankfurt, 1955.

Günther Weisendorn "Der lauflose Aufstand", Rowohlt, Hamburg, 1953.

Bernhaid Volliner "Volksopposition im Polizeistaat.- Gestapo- und Regierungsberichte 1934-1936". Stuttgart, 1957.

Albrecht Hanshofer "Moabiter Sonette", Berlin (Blanvalet) 1946.

(Este texto es el de una conferencia dictada en el mes de julio de 1962 en el Instituto Cultural Colombo-Alemán de Bogotá).